

¿Qué ventajas hallarás en esos devaneos? Las tristes que halló tu pobre padre... ¡Ay! á la hora de su muerte me pedía perdón y me decía: — ¡No quise educarte para mí ni sufrirte, y preferí distraerme en el desorden; perdóname!

¡Oh hijo mio! prefiere perdonar tú á pedir que te perdonen, y serás mucho más feliz.

GERTRUDIS.

XIII

Clotilde á Magdalena.

Valfiores, Octubre de 186...

Me voy de aquí: la pureza y la virtud me arrebatan mi presa, y fuerza es que te lo confiese, nada pueden toda mi astucia y todo mi talento contra la virtud y la pureza.

Recuerdo ahora, Magdalena, y te la voy á recordar á tí, cierta escena del pasado invierno, que tú acaso, digna y casta en medio de tu peligrosa vida, has dado ya al olvido.

Era en la *Maison Dorée*: en el más espléndido de sus gabinetes, cenábamos una noche veinte personas; diez eran hombres de nobles casas y de gran caudal; entre ellos estaban Germán y Pablo, hoy casados con dos jóvenes de su clase.

La parte femenina se componía de igual nú-

mero de muchachas, de las cuales la única grave y pensativa eras tú: tú, á quien habíamos llevado casi á la fuerza, ó que más bien habías ido para estar cerca de Germán.

Ninguna persona extraña nos veía, y estábamos dispensados de guardar miramiento alguno; todos éramos dichosos; teníamos oro, que jugábamos con descuido; se nos sirvieron los manjares más exquisitos y los vinos más caros y más espléndidos... Poco á poco se fué formando en aquel salón un cuadro digno del *Infierno* del Dante: tú misma eras dichosa; ese bello y joven Conde te amaba, ó creía amarte, seducido ó angustiado por aquella atmósfera sin igual: en el momento en que todas las pasiones que duermen en el corazón humano se desencadenaban en nuestros corazones; en el momento en que la avalancha de lo malo y de lo odioso nos arrastraba á todos, un camarero entró y dijo desde la puerta:

«Ya es de día, señoras y señores: aproximáos á las ventanas y veréis pasar una boda que baja de la Magdalena.»

Obedecimos; venía, en efecto, un cortejo nupcial por el ancho boulevard; muchas personas, engalanadas con trajes de fiesta, rodeaban á los recién casados; ella vestía de blanco, era joven y bonita; las gentes se detenían para mirar su gracia decente y su exquisita distinción; el novio era también joven, fuerte y hermoso; los miramos, y quedamos todos absortos é inmóviles.

La tormenta de la orgía se apaciguó; las canciones cesaron; la boda pasó tranquilamente, y sólo las alegres risas de los amigos de los novios turbaron el silencio de la saturnal avergonzada.

Los hombres pensaron en sus madres y en sus hermanas; en su juventud perdida en los vicios y en el ocio; nosotras, mujeres abyectas y no acostumbres á la vergüenza, temblamos al ver el blanco velo de la virginal esposa; quizá las diez tuvimos dos lágrimas en nuestros ojos; la una por nuestro presente envilecido; la otra por nuestra honradez perdida para siempre. Florina, menos sensible ó más atrevida que las demás, quiso lanzar un insulto á la faz de la virtud que pasaba; pero su imprecación quedó ahogada en su garganta, y todas le arrojamos una mirada de desprecio.

¿Verdad, Magdalena, que recuerdas ahora, como yo, aquella escena grandiosa? Entonces, no extrañarás que te diga que retrocedo en mi empresa y que voy á dejar estos lugares: ¡sí! como tú, profeso un santo respeto al matrimonio, á ese sacramento imponente entre los más imponentes; á ese acto sublime que ata para siempre á dos seres á una cadena, de la cual cada anillo que se rompe causa un dolor ó una vergüenza.

Pablo está casado, y su mujer me impone respeto; pero aunque así no fuera, aunque mi propia conciencia no me prohibiese turbar su paz, hay otra consideración que sobra para mi derrota. Pablo, hoy Marqués de Uelés, ama á otra mujer

que no es la suya, pero que tampoco soy yo. Hé aquí derrotado una vez más el vicio por la suave y tranquila virtud.

Esta joven será el último amor de Pablo, y es sabido que semejantes amores se apoderan del corazón con una violencia irresistible; esta pasión crecerá con el tiempo, porque es como un fluido que corre con la sangre de sus venas.

Sin embargo, esa joven no es bella y apenas llega á ser bonita; no es de una noble familia; ni tiene gran talento, ni trato alguno del mundo; su mérito principal consiste en ser honrada; nosotras sabemos de todo, menos ser virtuosas; ella lo ignora todo, menos la virtud.

Esta joven á quien ama Pablo, está casada desde hace pocos meses, y se llama Modesta; no he visto un nombre que esté más en armonía con la persona que lo lleva; una modestia serena y casta, una dulzura admirable, reinan en toda su figura juvenil y encantadora.

Ella ha hecho inútil mi viaje aquí; yo vine para vengarme del abandono de Pablo, y después que se ha casado, he permanecido para robársele á su mujer, que me parece bastante estúpida, para dejar entre ambos la discordia y huir después.

Ya sabes que estoy acostumbrada á semejantes maniobras, y que las he ejecutado algunas veces.

Mas ¡ay! existe arriba, y detrás de ese cielo que, sin quererlo nosotras, atrae nuestras mira-

das, un Sér superior que dispone de nuestros destinos. ¡Yo he sido derrotada! ¡La virtud ha salido á mi paso y ha prendido á ese hombre con lazos más fuertes que los de que yo podía disponer!

¿De qué sirven mis coqueterías, ni aun mis gracias naturales, ante la gracia indescribible de la mujer honrada? ¿Qué tengo yo comparable á ese inocente rubor que hermosea el semblante de Modesta, como una llama tiñe el vaso de alabastro que la contiene? ¿Qué canto puede hallarse parecido á la franca y ruidosa carcajada que se escapa de los labios de Modesta, y que únicamente puede tener su origen en la pura y radiosa serenidad de su alma?

¡Oh Magdalena! ¡de las grandes obras de la humana naturaleza, sólo Dios es el gran artífice! La coquetería que estudiamos desde la niñez; la sangre fría que el hábito de la intriga nos da; lo que se llama conocimiento del mundo, todas esas cosas reunidas no llegan á la sublime naturalidad de la mujer buena y honrada!

Me alejo, pues, vencida por el respeto que esa joven me inspira; ella no sabe quién soy, y me cree una señora casada ó viuda que ha venido á visitar estos pintorescos lugares; dos veces me ha encontrado en la iglesia, y me ha cedido su sitio con perfecta educación y digna cortesía; ayer tarde la hallé paseándose en un bosquecillo de pinos que se extiende á la izquierda de su casita; ella salía para pasar á la magnífica fábrica donde viven

los padres de su marido, y al dar yo una vuelta nos encontramos de frente.

—Buenas tardes, señora, me dijo deteniéndose; ¿está V. ya mejor? Me habían dicho que se hallaba V. algo enferma...

—En efecto, le respondí; vine aquí en busca de aire puro; mil gracias por el amable cuidado de usted.

—Cuando V. pasee y quiera descansar, esta es mi casita, dijo Modesta con cándido orgullo; con el mayor gusto le ofreceré á V. una taza de leche ó alguna fruta; mi marido y yo nos consideraremos muy honrados si V. acepta.

Yo le dí gracias; ella me saludó con respeto, y se alejó ligera como la diosa de la felicidad ó como el ángel de la virtud.

Tuya, como siempre,

CLOTILDE.

XIV

La Marquesa á Eufemia.

Castillo de Valflores, Octubre de 1865.

Tu última carta, hija mía, ha llenado mi corazón de una suprema alegría: tienes razón; no es para tí esa atmósfera que has dejado; la vanidad mata los buenos instintos del corazón, y el norte

de la mujer casada debe ser la modestia, así como su guía debe ser la razón.

Aplicate, hija mía, ante todo á conocerte á tí propia; sé severa contigo misma é indulgente con los demás, empezando por tu marido: con éste, en particular, el ejemplo conseguirá mucho más que las palabras; y al hablarte así, creo inútil decirte que le reconozco defectos.

Y bien, si los tiene, sopórtalos, é indirectamente repréndeselos con la vista de las virtudes opuestas; si eres colérica, no podrás quejarte sin notoria injusticia de sus arrebatos; si gastas sin medida en tus caprichos, no podrás lamentar el desorden de sus propio gastos; es preciso, hija mía, de todo punto indispensable, empezar por poseer las cualidades que desees hallar en tu marido, y después es necesario también que te ocupes en cultivarlas.

La paz doméstica debe ser el objeto á que se encaminen todos tus esfuerzos: si yo fuera hombre y estuviera casado con una mujer siempre dispuesta á la discusión y á las escenas violentas, comenzaría desde luego por despojar sus motivos de los pretextos bajo los cuales procuraba encubrirlos, y probaría á educarla por la persuasión y los razonamientos; mas si esto no bastase, la prevendría que no respondería jamás á sus quejas y tomaría el sombrero, marchándome á dar un paseo: el combate entre dos acaba siempre cuando se retira uno de los combatientes, y esta retirada,

oportunamente adoptada, cortarí todas las discusiones.

Yo profeso una incredulidad incurable respecto de la facultad de abnegación de esas mujeres que imponen á las personas que las rodean tormentos cuotidianos, que las mortifican con discursos hirientes y groseros, bajo pretexto de interés y de franqueza, y que reservan el probar la excelencia de su corazón para el día en que aquellos á quienes pretenden amar caigan al río ó sean amenazados por las llamas.

Puede muy fácilmente suceder que se pase la vida entera sin que corran semejantes peligros, y por consiguiente, sin que puedan demostrar su aptitud para el sacrificio, lo que es muy cómodo para las que sólo la poseen de palabra; además, es imposible admitir que una mujer pueda ser completa y perfectamente egoísta en todas las ocasiones ordinarias de la vida, y que sea á la vez capaz de serios sacrificios.

Modera, pues, Eufemia, modera la dureza y la intolerancia de tu carácter; da más de lo que exijas en cuanto á generosidad y á prudencia; no seas ni la mujer vulgar, enemiga de todo gasto, descuidada en su persona y casi avara, ni la mujer completamente entregada á todas las locuras de la vanidad; los dos extremos son igualmente perjudiciales y malos; los dos tienen escollos que es preciso evitar á toda costa.

Tu imaginación ardiente te lleva siempre á los

extremos, porque tienes la desgracia de que tu corazón manda á tu cabeza. Reflexiona y ten calma; la reflexión no puede serte nunca perjudicial; y para adquirir el aplomo que necesitas, vive, no en un absoluto retiro, sino en la quietud que tu naturaleza exige.

La mujer que se olvida de sí misma, se ve muy pronto olvidada de su marido.

La que malgasta ó derrocha la fortuna conyugal, se ve también mirada con el desvío y el tedio que se profesa siempre á un instrumento de desgracia y de ruína.

Busca el justo medio: la moderación y la templanza son indispensables en todas las circunstancias de la vida, así en el modo de obrar como en las formas exteriores.

Lo que me cuentas de tu entrevista con Magdalena Guymont, me ha enternecido. ¿Ves cómo la benevolencia, la dulzura, la cortesía, dan siempre bellos y buenos frutos? Con una grosería te hubieras hecho de esa mujer una enemiga formidable; las buenas maneras te han conquistado su respeto y quizá su afecto.

Acaso dices en tu interior al leer esto:

«¿Y qué me importa el afecto de semejante mujer? Sólo he sentido por ella una débil y pasajera simpatía.»

¡Ah hija mía! la dicha más verdadera del mundo consiste en amar y ser amada, sobre todo para la mujer. ¿Qué seríamos sin afectos? ¡Nada!

La soledad, el aislamiento, constituyen nuestra mayor desgracia.

Magdalena, herida por una desatención tuya, que hubiera tomado por una injuria hecha en público, no hubiera perdonado medio alguno de robarte el afecto de tu marido, pero de una manera completa; os hubiera seguido, constituyéndose en la sombra rosada de Germán, en la sombra negra de tu destino.

No la temas ya; tu proceder digno y noble la ha desarmado; cuanto menos merece una mujer los homenajes, tanto más los ansia y los agradece; nunca olvidará Magdalena, ni las pocas palabras dulces que le has dirigido, ni tu bella acción al ir á llevarle su pañuelo.

Por lo demás, no nombres nunca á esa mujer al Conde: si él la nombrase delante de tí, habla de ella con benevolencia y sencillez; los celos infundados son ridículos, y manifestarlos, aunque tengan desgraciadamente fundamento, rebaja también la dignidad de la mujer.

No sigas á ciegas las ideas de tu pobre tía respecto del lujo y de la moda; ya te lo he dicho otras veces; no hay naturaleza tan perversa que no tenga su grano de oro, y la Baronesa le posee también; pero descarta del oro la arena que le envuelve, y no tomes más que lo que es saludable.

Aprende de tu tía el arte encantador de ser agradable y de tolerar á todos: aprende de ella á decir cosas dulces, á no zaherir, á no criticar, á

disponer coquetamente todas las habitaciones de la casa, á vestir con elegancia á la vez que con economía; ya sabes que ella cuenta con muy escasos recursos, y que, sin embargo, su traje es siempre esmerado; no ignoras que, á pesar de su natural indulgencia, sabe dirigir perfectamente una servidumbre numerosa, y que es económica, previsora, de trato fácil y agradable; aprende de Galatea estas buenas cosas, y deja á un lado las exageraciones de que adolece: la vida enseña; aprendamos de ella, aceptemos á las personas con sus defectos, pero imitemos las buenas y recomendables cualidades de cada uno.

No terminaré sin encarecer, hija mía, lo muy preciso que es el que te dediques enteramente á ganar el corazón de tu marido, á reanimar sus impresiones, adormecidas con el abuso de todo, por medio de la admiración que profesa á tu talento, á tu dignidad y al amor que siempre y en todas ocasiones podrás demostrarle.

ANA.

XV

Pablo al Conde.

Castillo de Valflores, Octubre de 1865.

Si, mi querido Germán, trabajemos; mejor dicho, trabaja tú, porque yo lo estoy haciendo ya. Voy á explicarte lo sucedido desde tu última carta.

Su lectura me puso pensativo.—Tiene razón, me dije; en ninguna locura, en ningún desorden hallaremos el atractivo de la novedad; sólo lo bueno y lo honrado puede tenerlo para nosotros. ¿Por qué, pues, lo bueno no ha de poder curarnos del hastío? A veces, en las enfermedades que aquejan á la humanidad, sanan mejor algunas hierbas sencillas que todos los refinamientos de la ciencia; busquemos, pues, los simples; trabajemos; pero ¿en qué? ¿dónde hallaré elementos en este país campestre, en este castillo aislado, en esta humilde aldea?

Creo que el Evangelio dice:—«Buscad, y hallaréis;» así, al menos, lo aseguraba mi abuela.

Salí á pasearme para buscar, no trabajo, sino alguna idea que me ayudase á buscarle; seguía la avenida de tilos que lleva á la fábrica de azúcar, junto á la cual habita Modesta, y de repente oí tararear una canción á una voz melodiosa y dulce que no pude desconocer.

El sol caía, ó mejor dicho, se levantaba para dorar con sus últimos reflejos, de un tono ardiente, las copas de los árboles y la cima de la alta colina que, como un gigante vestido de verde, es la majestuosa atalaya de este florido valle; tras de un bosquecillo de pinos jóvenes cantaba la que tiene encadenados, acaso para siempre, mi pensamiento y mi corazón.

Separé un poco la movible cortina de verdura, y miré: era ella; llevaba un traje corto y azul;

unas botas altas, negras; un cinturón ancho, anudado por detrás con un gran lazo, y una corbata de muselina blanca, para preservar su garganta del fresco de la tarde, que hacía resaltar el óvalo gracioso y prolongado de su rostro.

Los cabellos de Modesta, castaños con reflejos dorados, se partían dulcemente desde la frente á la nuca, y caían por su espalda en dos hermosas trenzas, cuyas puntas estaban sujetas por dos lazos de cinta de seda negra. He reparado que cada cabellera, rubia ú oscura, tiene su ondulación, su colorido particular y su carácter, que no se reproduce sobre ninguna otra cabeza; yo no he visto una sola que se asemeje á la de Modesta.

Llevaba ésta cubiertas sus lindas manos con unos guantes holgados, para no mancharlas sin duda con los tallos de las flores que iba cortando con unas tijeras y que colocaba en una canastilla pequeña que había en el suelo.

Permanecí largo rato contemplando su delicada figura, su encantadora cabeza y la gracia de todos sus movimientos: al dar ella una vuelta, me vió; un color sonrosado subió á su frente y envolvió su puro rostro como una trasparente nube.

—Buenos días, señor Marqués, me dijo sencillamente y serenándose al instante; ¿va V. á paseo?

—Sí, le respondí, y me alegro de hallar á V.

—¿Tiene V. algo que decirme? preguntó con dulzura.

—Sí por cierto, le contesté; suplico á V., seño-

ra, que deje por un instante de cortar flores y que me escuche sentada aquí á mi lado.

La joven puso sus tijeras en un ladito de la canastilla y se sentó sobre la hierba con modesta complacencia, cruzando á la vez, con una gracia suprema, sus piés de niña y sus lindas manos, que apoyó en sus rodillas.

—Ya le escucho, me dijo; hable V.

Mi corazón latía con violencia; mis ojos no podían separarse de aquella deliciosa figura, perdida por siempre para mí.

—Modesta, dije con voz que procuré hacer tranquila, ¿es preciso que el hombre trabaje?

Ella me miró como queriendo leer el fondo de mi pensamiento; luego contestó grave y dulcemente:

—Es indispensable, señor Marqués; la ley del trabajo es el beneficio más grande que Dios ha hecho á la humanidad.

—¿Pues no nos fué impuesto como un castigo?

—Sin duda, en castigo de la falta de nuestro primer padre; pero Dios, como otro padre tierno y justo á la vez, que encierra á su hijo y le condena al ayuno, ha puesto en un ladito de nuestro calabozo un alimento sano y nutritivo para el alma; este alimento es el trabajo; es una dulce ley que lleva consigo la dicha; el que no trabaje, no será feliz.

—¿Luego el trabajo es un deber?

—Sí, señor Marqués.

—¿Tenemos muchos deberes?

—¡Muchos!

—Resumámoslos todos en una palabra; llámémosles, si gustáis, *deber*, dejando el plural por el singular, y ahora dígame V., ¿qué es el DEBER?

Modesta apoyó la mejilla en la palma de su blanca mano; sus dulces y grandes ojos azules erraron un instante por la campiña; meditó dos segundos, y me dijo:

—¿Ha leído V. la mitología?

—Sí por cierto, respondí.

—¿Conoce V. la hidra de la fábula?

—Sí; tenía siete cabezas; se le cortaba una, y renacía, quedando siempre las siete.

—¡Justamente! Pues bien, señor Marqués; el deber es un monstruo moral; siempre que se deja uno sin cumplir, están sin cumplir todos los demás.

Yo me quedé pasmado, atónito, mirando á Modesta; aquel talento luminoso, aquel juicio sólido y claro, me llenaban de admiración.

—Yo quisiera trabajar, señora, le dije triste y humildemente y mirándola casi con timidez.

—Y hace V. muy bien; me respondió; el ser rico no dispensa de ser hombre, y el ocioso no merece este honroso dictado; pero ¡qué lástima que sea usted Marqués!

—¿Por qué?

—A ser V. de otra condición, hoy mismo hallaría en qué ocuparse.

—¿Dónde?

—En la fábrica; Felipe necesita un tenedor de libros, al que dará un modesto sueldo y una parte en los beneficios que se obtengan.

—Yo seré ese tenedor de libros, exclamé.

—¿Cómo! ¿quiere V. esa plaza?

—Sí por cierto; no busco en mi trabajo ventajas positivas, sino la satisfacción de estar ocupado.

—Luego, dijo Modesta con una candidez adorable, ya es V. bueno.

—No, ni sé cuándo lo seré; mejor dicho, si lo sé; cuando llegue á distinguir lo verdadero de lo falso.

—Lo falso, dijo Modesta, es todo aquello tras de lo cual ha corrido V. hasta hoy; lo verdadero es esto.

Al hablar así, se inclinó sobre su florida canastilla y del fondo sacó un volumen algo abultado, pero no muy grande, que me ofreció con ademán solemne; yo le abrí, y leí en la primera página: LOS EVANGELIOS.

Modesta volvió á tomar el libro de mi mano, le colocó de nuevo entre sus flores, levantó su canastilla, y se alejó de mí como la sombra de la dicha.

Por la noche fui á ver á su marido: ella tocaba el piano, él la contemplaba; al verme, se levantó Modesta, me saludó y nos dejó solos.

—¿Quiere V. darme la plaza de tenedor de libros? pregunté á Felipe.

—Si el señor Marqués la desea, es suya, respondió aquél con respeto.

—Desde mañana iré, pues, á ocupar mi bufete. Hace, en efecto, tres días que trabajo; mi cabeza, aturdida al principio con esta atmósfera de actividad y ruido, se va ya serenando; llevo á mi tarea una especie de ardor infantil; como nueva, me encanta, é inclinado sobre mis libros, me parece que vuelan las horas, que antes se me hacían insoportables.

PABLO.

XVI

Teresa á Modesta.

Valencia, Octubre de 1865.

No pienses, mi querida hermana, que, aunque te escriba poco, me olvido de tí, no; ocupada con mi dilatada familia, entregada á mis quehaceres cotidianos, de los que ninguna ama de casa puede prescindir, mi pensamiento vaga siempre en derredor tuyo, te sigue en tu apacible vida, y no te abandona un momento.

Hoy es domingo, y entretanto que Esteban lleva á paseo á mis hijos mayores, y que los más pequeños gorjean y juegan á mis piés, voy á dedicarte la tarde y á llenar ocho páginas de papel de mi letra, nada bonita, pero sí muy clara.

He visto en tu carta, mi querida Modesta, que

vas por la senda recta que conduce á la felicidad, y por ello doy gracias á Dios y á nuestra buena madre, que sin duda vela por nosotras desde el cielo. Tal vez hallarás escollos; ¿quién no los encuentra en su camino? ¿quién no tiene que sufrir pruebas, decepciones, pesares, tentaciones, dolores más ó menos agudos? Pero una conciencia tranquila y una profunda confianza en Dios te sostendrán en todas las ocasiones en que debas hacer pruebas de valor y de conformidad.

No depende de nosotros el ser constantemente dichosos; pero siempre depende de nosotros el merecer serlo.

Sé siempre, hermana mía, caritativa, paciente, dulce, bondadosa; sé digna en el dolor, valerosa en la adversidad, moderada en la alegría.

Poco te costará; te has casado con un hombre superior; has elegido bien, y la que sabe elegir tiene segura la dicha para toda su vida.

Si te hubieras unido á un hombre inferior á tí, estabas perdida; la mujer es débil por naturaleza, y pocas pueden dar á sus maridos el ejemplo de una superioridad constante y sostenida; la mujer ha nacido para ser dirigida, y no para guiar ella al que es su natural protector.

Se ha dicho, y es verdad, que no debe despreciarse el consejo de la mujer, y que un marido debe escucharlo siempre; pero es en lo que se refiere á la delicadeza de su instinto y á lo exquisito de su percepción, y no en lo que toca á la fuerza